

RECEIVED

imperio bizantino, diéronle no igualado prestigio en todo el califato de Damasco, y su piadosa conducta con los vencidos conquistóle el respeto y la admiración de sus enemigos.

La bella Eilanet y el gallardo Fadhl formaban la más armónica pareja que pudiera soñarse. Conociéndolos, no podía pensarse que Eilanet fuese digna de otro hombre ni que Fadhl pudiese amar a otra mujer.

Y se amaron con toda la violencia de su vida joven y exuberante, y forjaron los más deliciosos sueños de placer para el porvenir.

=o=o=o=o=o=

De la misma familia de los barmecidas era Mahdi, el compañero de armas de Fadhl. Como este, era valiente y hermoso; pero la nobleza y la generosidad de Fadhl eran crueldad y traición en Mahdi.

También Mahdi amó a Eilanet con toda la violencia de su naturaleza robusta y dominadora, y procuró suplantar a su compañero de armas; pero Eilanet sólo alentaba para Fadhl, y rechazó las pretensiones de aquel.

Mahdi ocultó su despecho; fingió indiferencia, y continuó llamándose hermano del noble Fadhl, mientras el violento volcán de los celos hervía en su alma.

Y, á impulso de estos, concibió la más satánica venganza que pudiera soñar la traición.

=o=o=o=o=o=

No se había tejido en los famosos telares de la capital del califato túnica tan rica y fastuosa como la que, por encargo de Mahdi, se tegió para el valiente y hermoso Fadhl. Terminada que fué, Mahdi envióla a su amigo y compañero de armas, acompañada de cariñoso mensaje.

quiso el obsequiado honrar debidamente el valioso obsequio, y aprovechó la primera fiesta para lucirle sobre su gallarda figura.

Pasaron algunos días, y la tersa piel del hermoso Fadhl fué cubriéndose de las repugnantes pústulas características de esa terrible y antiquísima enfermedad llamada lepra.

¡ La rica túnica regalada por Mahdi a su hermano de armas había envuelto previamente el cuerpo de un leproso para que sirviera de vehículo transmisor de la repugnante enfermedad!.

=o=o=o=o=

El hermoso y gallardo Fadhl, corroída su carne por asquerosas llagas y agobiado su cuerpo por la horrenda desgracia, fué despiadadamente arrojado a un lugar apartado, convertido en leprosería, donde otros desgraciados consumían lentamente su odiosa existencia.

=o=o=o=o=o=

Pensó Mahdi que Eilanet, al conocer la repugnante situación de Fadhl, volvería a él los enamorados ojos buscando nuevo objeto a su amor; pero Eilanet, aunque oñorante de la infame traición de Mahdi, rechazó las confiadas pretensiones de este.

Fiel a su amado Fadhl, y sintiendo que aún crecía su amor con la compasión, después de llorar muchos días, ideó el más loco medio de reunirse a su amado que pudo dictar la desesperación.

Consiguió adquirir la sucia túnica de un leproso, y en ella envolvió su hermoso cuerpo. Su espléndida belleza desapareció bajo una repugnante costra, y, convertida en deforme masa de carne podrida, fué también arrojada a la leprosería donde Fadhl se consumía en horrible desesperación.

=o=o=o=o=o=

Los amantes, físicamente desconocidos en su horrible esta-

ba sus relatos. Había vivido su juventud en Madrid, allá por los años del 60 al 70, aprendiendo el oficio de sastre en casa de un hermano de su madre, establecido en la calle de la Cruz, y preciábase el tío Manolito de haber mantenido durante esta su estancia en la Corte íntimas relaciones con los más empingorotados personajes políticos de aquella revuelta época. Su conversación era una ininterrumpida serie de anécdotas demostrativas de las amistades de que alardeaba.

La placidez de una tarde de Enero en la que el sol brillaba sin el más leve celaje y el aire dormía en absoluta calma, había atraído al Congresillo a todos sus habituales concurrentes.

La conversación, que había comenzado por apasionados pronósticos acerca del resultado de las próximas elecciones de Diputados a Cortes, dió motivo al tío Manolito para declararse conocedor de las intimidades de la familia de uno de los candidatos, aristócrata de abolengo, hijo de uno de los personajes de la Corte de Isabel II, á quien dijo haber tratado en las fiestas palatinas.

- ¡Pero Vd. entraba en palacio? - preguntó uno de los contertulios al tío Manolito.

- ¡que si entraba en palacio? - contestó este - Como en mi propia casa. Pero ¿no me has oído contar casos de la intimidad que yo tenía con los Reyes? Como que todas las tardes había de ir a echar una partida de tute con el Rey. Para que veáis hasta donde llegaba mi confianza con los Reyes os contaré un caso:

Figuraos que un día - prosiguió el tío Manolito comenzando a liar un pitillo - iba yo a entregar un traje al duque de Liria y tuve que pasar por la Plaza de Oriente. El Rey, que estaba leyendo el periódico en el balcón que hay encima de la puerta

del Príncipe, me vió y empezó a hacerme señas para que subiera. Yo, que llevaba mucha prisa, le hice también señas de que no podía. Siguió llamándome, pero yo continué mi camino. Ya bajaba yo la cuesta de Caballerizas, cuando sentí que venían corriendo detrás de mí. Me vuelvo, y veo a un gentilhombre que me seguía y que, en cuanto me alcanzó, me dijo: "Ha dicho el Rey que suba Vd." Hice un gesto de contrariedad; pero ¿qué remedio me quedaba? Volvi a palacio, y el Rey, que estaba esperándome en lo alto de la escalera, me dijo, apenas me vió: ¿Por qué no querías entrar? - Es que voy muy deprisa, porque ya es tarde y mi tío se enfada cuando me retraso en la hora de la comida. "Bueno; pues todo se arreglará porque tú comes hoy con nosotros" añadió el Rey mientras me conducía del brazo a un salón.- "Oye" - dijo al gentilhombre que había salido a buscarme - lleva este traje a donde Manolito te diga y avisa a su tío que no le espere a comer - Y, dirigiéndose a la Reina, que estaba haciendo media en el balcón, añadió - "Mira Isabel: frie un par de huevos y unas magras a Manolito".

Y el tío Manolito, sin abandonar su imperturbable seriedad, encendió el pitillo envuelto cachazudamente mientras relataba este íntimo episodio de sus regias relaciones.

A las cuales exclusivamente había estado dedicado desde su infancia - y en =o=o=o=o=o=o=o=o=o=o= extendido- el dicho rito tajo de la dilatada dinastía, que ha de ser héroe de nuestra historia.

Con su lucida yunta, que aún tardaría tres años en cubrir el buen "Panzote" labrega condoleidamente las tierras y en que sus antecesoras fueran invirtiendo los ahorillos que peseta a peseta, fueron logrando en las duras faenas de la ante arriería. La tierra, agradecida, respondía cumplidamente a los afanes del cultivador, y le regalaba con abundancia

chas, sobradas para las modestas necesidades de la reducida familia, y cuyo exceso permitía continuar acreciendo los ahorros que la buena madre guardaba en el fondo de un vetusto arcón de grandes y férreos pestillos, y satisfacer su vanidad y la de su hijo, discretamente contenidas en el límite de que nunca faltara a este un duro para gastarle con un amigo, si se terciaba.

Y eso que no dejaban de ser frecuentes las ocasiones de cumplir el vanidoso desplante: que, si en los seis días de labor de la semana "Panzote" solo se ocupaba de sus faenas agrícolas, llegado el domingo ó tal cual día de fiesta de entre semana, tampoco se ocupaba de otro asunto que del "truque" -juego en el que justamente gozaba reputación de maestro- y de las libaciones y merendonas que de tal distracción eran inexcusables consecuencia.

En honor a la verdad debemos decir que no ha de tomarse en absoluto la afirmación de que solo a los domingos y fiestas de guardar redujeránse las huelgas de "Panzote": que también tal cual día de labor, quedábase la yunta amarrada al pesebre, mientras su dueño holgaba en la taberna. Más ello no ocurría sin causa que lo justificara. Ya era la lluvia que impedía las labores, ya la extrema sequía que las hacía ineficaces ó perjudiciales, y aún también alguna ronca de un contrario en el juego que no podía dignamente despreciarse.

Esto no era obstáculo, sin embargo, para que los negocios de "Panzote" marchasen prósperamente, ni para que la buena madre se manifestara en todo momento orgullosa de su hijo, tan trabajador y tan bueno, excusándole bondadosamente sus frecuentes expansiones y contestando ágricamente a las comadres que, con intención no muy piadosa, hacían discretas alusiones al asunto.

sea. He casaré con la =o=o=o=o=o=

Pasaba ya nuestro héroe de los treinta años y no se le ha-

bían conocido noviazgos ni enamoramientos. Contábase que allá, en sus veinte años, sintió afición por una garriña moza y que, desdenado por ella, había envuelto a toda la bella mitad del género humano en un mismo sentimiento de olímpico desprecio, que exteriorizaba frecuentemente en las numerosas frases y refranes con que han enriquecido el "folk-lore" castellano los incontables galanes despechados de todos los tiempos.

Era este ciertamente el mas acerbo pesar de la buena madre, y así se lo manifestaba repetidamente a su hijo. - ¿ Por qué no te casas, hijo mío ? - le decía - ¿ Qué va a ser de tí el día que yo te falte ? . ¿ Quien va a cuidar tu casa y tu hacienda ? . Tendrás que fiarlas a alguna "lagartona" sinvergüenza, que te sonsacará los cuartos que yo te he conservado con tanto cariño.

- Déjeme Vd. de sones, madre - contestaba "Panzote" - Para ahorcarse siempre es tiempo.

Pero llegó un día en que la madre concretó un poco más el consejo. - ¿ Qué te parece la "Faica" la viuda de Costales ? . Es pintipará pa tí. En un mismo año nacisteis; mujer de su casa es como la primera; limpia como los chorros del oro; tiene una hacienda bien sanita, y de presencia no hay que pedirla ná

"Panzote" pensó con delectación en la viudita. No había él reparado; pero ahora que la madre se la presentaba como posible consorte, sí que también pensaba él que la "Faica" merecía el salto mortal del matrimonio.

- Bueno, madre - contestó presentando su aceptación como una concesión al empeño decidido de esta - ya que Vd. se empeña, sea. Me casaré con la "Faica".

No necesitó la madre oír más para poner en práctica el plan

que ya tenía trazado.

Aquella misma tarde, apenas oyó a lo lejos el "Compran algo e tienda" con que la tia "Celes" pregonaba la mercancía de su ambulante comercio, asomóse diligente a la ventana é hizo pasar a la tendera, a la que confió el espinoso encargo de transmitir a la "Faica" la proposición matrimonial.

Cumplió la tia "Celes" el encargo con sus habituales fidelidad y discreción, y, acostumbrada a más espinosas empresas, no necesitó extremar mucho los argumentos para convencer a la apetitosa viudita de la conveniencia de aceptar a "Panzote" por marido, aunque algún reparillo mereció a la solicitada la conocida afición del solicitante al vino y sus derivados.

Celebráronse con toda solemnidad los "tratos"; recibieron los novios profusión de regalos de amigos y parientes, y, despreciando las burlas de la estruendosa cencerrada con que, desde que el noviazgo fué divulgado, fueron obsequiados los futuros cónyuges, se verificó la boda con ostentación y rumbo.

Pasó el dia entre la bulla y algazara de los numerosos invitados, manteniendo "Panzote" sus libaciones en los límites de una discreta continencia. Llegó la noche, y los novios, como es de ritual conducidos por los padrinos, fueron a encerrar sus legítimos afanes amorosos tras las blancas cortinas de la alcoba nupcial, en la que no hemos de cometer la indiscreción de penetrar.

Las sombras de tan memorable noche se desvanecían entre las primeras claridades del amanecer, cuando "Panzote" avanzaba calle arriba en dirección a la plaza, donde las vendedoras preparaban sus puestos para el mercado. Una de estas vislumbró la temprana aparición del recién casado; frotóse los ojos creyendo soñar ante lo inaudito del caso pero no era cierto.

Transmitió su observación a la compañera más cercana, esta á la otra, corrió la voz entre todas, y cuando "Panzote" hacía su entrada en la plaza, una doble fila de mujeres formaba guardia de honor y veinte caras asombradas le interrogaban mudas. Por fin, una, más decidida, le increpó:

- Pero ¡recondenao!: ¿ayer casao y amanecer en la calle?.

Y "Panzote", calmoso y tras un largo bostezo, respondió alzando los hombros en un movimiento de indiferencia:

- Qué quiusté tia Donata. Tóo cansa.

Su espíritu banal =o=o=o=o=o=o=o= prender los tesoros de ternura latentes en aquella delicada criatura, y su ansia de placeres sólo apreciaba en ella la atrayente belleza física.

Pero Elena le amó como suelen amar las mujeres á los hombres que no las merecen.

=o=o=o=o=o=o=

Cupo en suerte á Elena una madre cariñosa y solícita como la que más, y dotada de inteligencia y discreción no comunes. Viuda a los pocos meses de su matrimonio, logró sobreponerse al dolor causado por el brusco rompimiento de una felicidad que comenzaba a saborear, y consagró su vida entera á preparar la de su hija, único afecto que la quedara en el mundo.

El instinto maternal, que pocas veces engaña, rechazaba al novio de Elena; el experto juicio de la discreta madre veía en Juan un hombre incapaz de labrar la dicha de la bella niña, y su Elisa -que tal era el nombre de la madre de Elena- expuso á la enamorada su opinión contraria al mantenimiento de unas relaciones que preveía habrían de conducir á esta á una vida desdichada.

- Ni mi instinto ni mi experiencia pueden engañarme, hija mía - decía apesadumbrada la madre - Juan ha de hacerte muy des-

graciada. Sobre sus hábitos viciosos, es impulsivo y violento, y tus delicados sentimientos sufrirán brutales choques con su grosera condición. Atiende al consejo de tu madre, que sólo en el deseo de tu felicidad se inspira, y que vé lo que no puedes ver tú por tu inexperiencia y porque el amor ha puesto en tus ojos una venda.

Pero los sermones maternos, pocas veces eficaces, son de una perfecta ineficacia cuando machacan sobre un cerebro del que se ausentó el espíritu para afluir todo entero al corazón. Y Elena, sumisa y obediente hija en lo demás, se rebelaba contra las apreciaciones de la pobre madre, que suponía influidas por una injustificada antipatía hacia el novio. Ella procuraba rebatir los juicios de su madre, y, cuando, acosada por la argumentación de esta, no encontraba ya réplica oportuna, terminaba mimosa: - Pues bien; será todo lo que tú quieras; pero yo no puedo vivir sin él. Le amo con toda mi alma y moriría si me abandonara.

- ¡Qué habías de morir, hija mía. Vivirías sin él, como han vivido, viven y seguirán viviendo otras muchas que también sintieron, sienten y habrán de sentir como tú y como tú pensaron, piensan y habrán de pensar. Vivirás, y querrás a otro ó quizás á otros hombres con la misma intensidad que a este. El amor, hija de mi alma, no depende tanto del objeto amado como del sujeto amante, y, al querer como quieres a Juan, no haces otra cosa que contemplar en él como en un espejo la imagen de tus propios sentimientos. ¡ Cuantos hombres podrás encontrar en quienes reflejar más fielmente esta misma imagen !.

Vanos esfuerzos. La sana, aunque un tanto escéptica filosofía que la experiencia dictaba a la solícita madre de Elena, estrellábase ante la hermética clausura a que el amor había confi-

nado la inteligencia de la enamorada.

=o=o=o=o=

Pasó tiempo, y Juan fué el esposo de Elena.

Y, satisfechas las ansias que por la posesión de la bella criatura sintió aquel hombre sensual, fué apartándose poco a poco de su enamorada esposa y buscando en el vivo la satisfacción de la sed de placeres que resurgía en su epicúreo espíritu.

Sobre el amargo desengaño del amor, la viciosa conducta de Juan llevó al hogar que Elena soñara feliz, las angustias de la miseria.

Juan desapareció, por fin, un día, y Elena recibió una carta en la que su marido se despedía de ella para luengas tierras á las que le llevaba el afán de rehacer su deshecha fortuna.

=o=o=o=o=

Elena quedó sola con una niña de corta edad, fiel imagen de la candorosa figura de la madre, y á criarla y educarla dedicó sus afanes todos.

Esforzóse, sobre todo, en prevenirla para resistir victoriosamente las asechanzas del amor. Quería evitar que en tan querida criatura se reprodujeran los tormentos y desdichas de que ella había sido inocente víctima.

Presentó ante el inexperto espíritu de su joven hija la irrealdad de las cosas que la pasión nos finge; las mentiras de su lenguaje; la inconstancia de los sentimientos amorosos; la crueldad de sus desengaños El más escéptico filósofo no hubiera hecho la disección del amor con más implacable calma que ella la hizo; el más banal Tenorio no hubiera tenido más crueles ironías para ridiculizar la fé en el amor.

La perseverancia en el mismo tema, creyó Elena que había logrado ya acorazar el alma de su hija en forma de hacerla invul-

nerable, y en ella fué naciendo la confianza de que había logrado así librar a su hija de las desdichas por ella sufridas.

=o=o=o=o=

Fué en un claro día de primavera cuando la hija de Elena tropezó en su camino con un gallardo joven. Cruzáronse sus miradas al acaso, y el fluido magnético de ellas estremeció los corazones de los dos.

La bella joven sintió que, imprudente, había abierto al amor la puerta de su alma inocente, y pensó, temblorosa, en las advertencias y en los consejos de su madre. El recuerdo del gallardo joven chocaba en su memoria con las prevenciones de su buena madre, y, en su juvenil espíritu entabláronse las primeras luchas entre la débil razón, apenas despierta, y el amor, que nacía con el ímpetu arrollador de los diez y ocho años.

La lucha no fué larga. El amor triunfó pronto en aquel virginal espíritu dispuesto a los más exaltados y nobles sentimientos, y Elena pudo ver, con angustiosa pena, que habían sido inútiles los esfuerzos de su inmenso cariño, secundados por su amarga experiencia, para librar a su hija de los temidos dolores que el amor la reservaba.

=o=o=o=o=oo=

Se repitió la historia con diferencias de detalle, y la infeliz hija de la desdichada Elena vióse villanamente abandonada por el hombre en quien depositó, con su amor puro y exaltado, todas sus esperanzas de dicha y de ventura.

Y hoy, mientras llora el cruel desengaño de sus esperanzas, va hilvanando en su memoria la triste historia de sus amores, con la santa idea de que un día puedan servir de provechoso escarmiento á una linda muñequilla rubia, único consuelo que, en su desventura, la dejó aquel amor de funestos recuerdos.

formaban parte, sin exclusión, cuantos ejercían tal arte en el lejano pueblo. Y, tras de largas discusiones, pudieron, al fin, ponerse de acuerdo los congregados para establecer los planos del más grandioso proyecto que vieron los siglos.

En cumplimiento de los deseos del Rey bueno y sabio, manifestados en órdenes de cumplimiento inexcusable, acudieron los artistas y obreros todos de sus vastos estados para construir el monumento. Ni uno solo faltó, Y dió comienzo a la grandiosa obra un incontable ejército de obreros de todos los oficios y de artistas de todas las artes, entre los cuales, como entre los materiales acopiados, podían encontrarse las más diversas calidades y condiciones. Al lado de los hábiles trabajaban los torpes; junto a los diligentes, los apáticos, y con la concienzuda labor de los unos alternaba la de "tente mientras cobro" de los otros.

Y, aún no terminado el grandioso monumento, la deficiente resistencia de unos materiales y el mal aprovechamientos de los otros iniciaron su ruina, y no tardó en venir al suelo con grande y dolorosa contrariedad del Rey bueno y sabio.

Dióse este a pensar en la causa del fracaso de su acariado proyecto, y acertó con ella, como era de esperar de su condición de sabio. Y de sus meditaciones sacó en consecuencia que monumento de la belleza y grandiosidad del malogrado, sólo podría ser ejecutado con materiales selectos y por artífices competentes y concienzudos; nunca por el acervo heterogéneo de materiales acumulados ni por la diversidad de capacidades, aptitudes y voluntades que, en su construcción, intervinieron.

No poco contrariado quedó el buen Rey de no poder realizar su propósito en la forma artística y monumental que el fracasado proyecto afrecía; más no por esto renunció a la realiza-

ción de aquel, si bien acondicionándola a lo que la calidad de los materiales y la capacidad de los artífices de su pueblo permitieran.

Convocó a sus ingenieros militares, y confiólos el desarrollo de un proyecto de vasta fortaleza, cuyos gruesos muros permitieran utilizar todos los materiales disponibles, de manera que los menos resistentes quedaran aprisionados y amparados por los que lo fuesen más.

Tras de estudios detenidos y largas discusiones, trazaron los ingenieros sus planos, y, elegido el oportuno emplazamiento, comenzóse a edificar la fortaleza sobre un rocoso picacho que dominaba una de las gargantas abiertas en la sierra que servía de límite natural por el Norte a los extensos dominios del buen Rey.

Pero eran más los materiales deficientes que los buenos, y no fué posible que todos aquellos quedasen debidamente amparados por la mayor solidez de estos. En los gruesos muros quedaron al descubierto sillares fácilmente atacables por los agentes atmosféricos; el cemento que en las junturas de las piedras asomaba no era todo de iguales dureza y tenacidad, y las intensas heladas y los huracanados vientos á que el agreste picacho se hallaba sometido, encontraron fácil materia a su acción destructora en la aparentemente sólida fortaleza.

Tras de un invierno de excesivos rigores, aparecieron en sus muros las primeras grietas, por las que fueron penetrando el agua y el viento. Y laborando, a medida que se adentraban en el espesor del muro, cada vez sobre más deleznable materiales, convirtieron en pocos años la soberbia fortaleza en informe montón de ruinas.

Más pesadumbre aún que del primero, tuvo el Rey bueno y

sabio de este segundo fracaso de sus propósitos, y, contrariado y dolorido, dió de nuevo en hondas y sombrías cavilaciones.

Y dedujo, en conclusión de ellas, que nada sólido y duradero sería dable edificar, mientras todos los materiales disponibles en su pueblo no fuesen, á su vez, sólidos y duraderos, y los artífices que habían de utilizarlos aptos y concienzudos sin excepción. Y, de conformidad con esta conclusión, difirió la realización de su propósito para cuando lá aptitud y el adiestramiento y la voluntad y la conciencia de sus súditos todos permitieran hacerlo en las condiciones requeridas para un éxito feliz.

Consagró desde entonces sus actividades todas a conseguir la reunión de tan difíciles condiciones; creó instituciones educativas de todo género, cuya dirección confió a los más expertos y sabios maestros, y estimuló por todos los medios el perfeccionamiento moral y el adiestramiento industrial y artístico de sus súbditos.

Pasaron muchos años, y, próximo á morir el Rey bueno y sabio, viendo aún muy alejada la posible realización de sus ilusiones, encargó a su sucesor la continuación de su labor educadora, hasta la sazón oportuna de llevar a cabo su proyecto. Sucediéronse en los fastos históricos de aquellos estados lejanos reyes a reyes y dinastías a dinastías, transmitiéndose de unos a otros el encargo de cumplimentarle cuando llegara la sazón oportuna, y aún no se vislumbra en el más remoto porvenir la posibilidad de realización de la gran obra soñada por el Rey bueno y sabio de quien nos hablan los cuentos de hadas.

hablo de este segundo fracaso de sus propósitos, y contristado y dolorido, dió de nuevo en Roma y compró las calzaduras. Y después, en consecuencia de ellas, que nada sólido y duradero sería capaz de edificar, mientras todos los materiales desaparecían en su pueblo no fueran, á su vez, sólidos y duraderos, y los edificios que habían de utilizarse aptos y convenientes sin excepción. Y, en conformidad con esta concepción, dió la realización de su propósito para cuando le cupiera y el aliento y la voluntad y la conciencia de sus súbditos todos permitieran hacerlo en las condiciones requeridas para un éxito feliz.

36 page. en 8º

Conseguir desde entonces sus actividades todas y conseguir la reunión de tan difíciles condiciones; creó instituciones educativas de todo género, cuya dirección confió á los más expertos y hábiles maestros, y estimuló por todos los medios el perfeccionamiento moral y el adelantamiento industrial y artístico de sus súbditos.

Pasaron muchos años, y próximo á morir el Rey bueno y sabio, viendo aún muy lejos la posible realización de sus planes, empezó á considerar la continuación de su labor educadora, hasta la sazón oportuna de llevar á cabo su proyecto. Su condición en los países históricos de aquellos estados lejanos levez a reyes y dinastías a dinastías, transmitiéndose de unos a otros el esfuerzo de cumplimiento cuando llegara la sazón oportuna, y aún no se vislumbraba en el más remoto porvenir la posibilidad de realización de la gran obra soñada por el Rey bueno y sabio de quien nos hablan los cuentos de hadas.